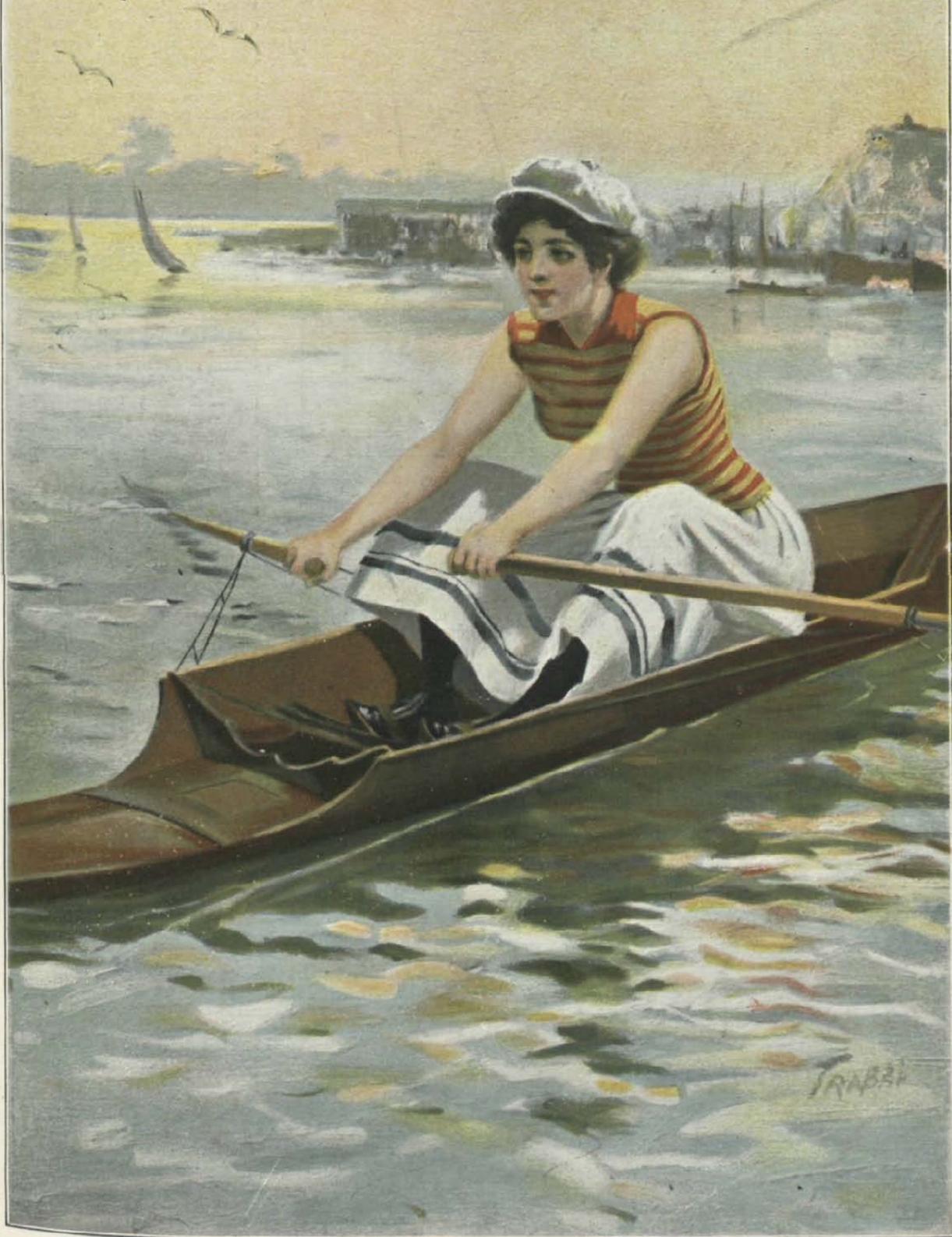


PLUMA y LAPIZ



LEYENDAS Y TRADICIONES

(SEVILLA)

Es imposible ó, por lo menos, prueba de muy mal gusto, de absoluta carencia de sentimiento artístico, visitar Sevilla y, luego de haber admirado la Giralda, la Torre del Oro, el paseo de las Delicias, el palacio de San Telmo y sobre todo la hermosura de las sevillanas, que si no son monumentos antiguos ni modernos merecen uno formado con la sal que derraman; es imposible, decimos, visitar la reina del Bétis y no hacer siquiera una corta excursión á las inmediatas ruinas de Itálica, la ciudad fundada por Escipión el Africano 548 años antes de nuestra Era y que fué sucesivamente plaza mercado, para abastecimiento y reposo de las huestes del vencedor de Cartago, municipio, en tiempo de Augusto y colonia romana, á petición suya, declarada tal, por Adriano.



LA ITÁLICA.

Fué Itálica famosa, según la frase de Rodrigo Caro, por más de un concepto y no todos loables. Fuélo por haber dado á Roma, es decir, al mundo, tan grandes emperadores como Trajano, Adriano y Teodosio, raras excepciones entre la larga serie de monstruos y de mentecatos que la Historia designa con el nombre de Césares; lo fué por su rápido crecimiento, por la protección que allí encontraron las letras, por sus monumentos acueducto, sus magníficas estatuas; pero ¡ay! lo fué también por su espíritu anti-nacional, por su absoluta falta de patriotismo, que la distinguió también tristemente de las demás, en la península que ilustraron con sus hechos y regaron con su sangre, Indivil, Mardonio y Viriato.

Entregada por completo al influjo romano, cegada por el brillo de la civilización de la Ciudad Eterna, Itálica vió impasible la derrota que junto á sus muros experimentó uno de los lugartenientes de Viriato; al estallar la lucha entre Pompeyo y César, representante aquél de la libertad, éste de la dictadura, declaróse ferviente partidaria del último, pues los pueblos que no aman la patria, tampoco desean ni saben ser libres: el mal patriota es siempre un esclavo.

Y no era que sus hijos careciesen de valor. ¿Cuándo ha faltado esta cualidad á los españoles? Cerca de sus murallas avistáronse los partidarios de los dos citados caudillos; Itálica cerró sus puertas á los pompeyanos, y sólo las abrió para dar paso á uno de los suyos, á un bravo soldado que por ironía del destino llamábase Pompeyo Níger, el cual iba á aceptar el reto de Antritio, célebre caudillo de los varios que militaban en el campo enemigo.

Entonces dióse uno de esos espectáculos que ya no se realizan ni se comprenden, mas que eran frecuentes en las edades antigua y media: la lucha homérica, larga, empeñada, tenaz, entre dos individuos, ante otros tantos numerosos ejércitos que, inmóviles y silenciosos, seguían con afán las peripecias del combate.

La victoria fué de Níger; y este hecho así como la actitud de Itálica, sin duda, hubo de contribuir á la ruina de los pompeyanos en España.

La ciudad siguió prosperando; de ella misma salieron comisionados para pedir á su compatriota Adriano el vergonzoso favor, que el César otorgó, bien que declarando hallarlo incomprensible, de convertir su carácter municipal en el de colonia romana... ¡Adriano, ni aún en el trono olvidaba su origen, mientras aquellos malos patriotas hacían lo posible por renegar del suyo!

El César fué uno de los más grandes soberanos...



VISTA DESDE EL PUENTE DE TRIANA.



CASA DE PILATOS.

Itálica deslumbró algún tiempo con sus resplandores de romana civilización... Luego decayó. Ante ella levantóse Hispalis, como si dijéramos, el vengador emblema de la despreciada Hispania, y la ciudad que hoy ostenta aún con orgullo el nombre de Sevilla prosperó constante y sólidamente, fué ganando cuanto su inmediata rival perdía. Exagerados en todo los de Itálica, cuando abrazaron el cristianismo sintieron verdadero frenesí por destruir todo cuanto recordaba la religión y el arte paganos, acelerando así su decadencia, por otra parte, inevitable.

Los que llevados de su mezquino egoísmo, antepusieron sus comodidades y su vanidad á los nobles sentimientos de amor al país que los vio nacer y de santa indignación contra los invasores, eran incapaces de comprender el amplio y generoso espíritu de nuestras católicas creencias,

el alto sentido que las inspira; y mirando más á la forma que al fondo, á lo exterior que á lo interior; sin hacerse cargo de que la Buena Nueva necesitaba fervorosos creyentes, no sectarios fanáticos, y tendía á erigirse altares en los corazones antes que á destruir materialmente los levantados á los falsos dioses, con su bárbara conducta dieron decisivo paso en el camino de la desaparición de su solar natal.

Era un montón de ruinas, aquélla antes envidiada ciudad, cuando inspiró á Rodrigo Caro la hermosa poesía de que antes hicimos mención; sin embargo, aún subsistían restos numerosos de la pasada grandeza, con los que dió al traste un terremoto en 1755.

Poco fué lo que se salvó de esta última calamidad y de la otra que consiste en el descuido de los malos gobiernos (casi sobre el adjetivo) en cuanto al arte se refiere. Con todo, aún merecen ser visitadas las famosas ruinas, bien que no se debe llorar sobre ellas, pues no merecía otro fin la ciudad cuyos habitantes no supieron honrar el suelo sobre el que se alzaban sus moradas.

Esta consideración no impide, sin embargo, que se sienta impresión penosa al contemplar los restos de tanta grandeza ya desaparecida, lo cual constituye una prueba, entre muchas, de que son distintas las esferas de la razón y del sentimiento. Verdades que al predominio de éste contribuye el hecho de que los agravios hechos á la patria por los habitantes de Itálica pasaron hace cientos de siglos, y, en cambio, están presentes las muestras de los estragos producidos por las causas que más arriba reseñadas quedan.

Tal es el motivo de que quien realiza la excursión de que se trata, si tiene el espíritu suficientemente cultivado y por ende es amante de las bellezas artísticas, regrese á Sevilla con el corazón oprimido, y sólo al encontrarse de nuevo en la perla del Bétis recobre la alegría, en presencia de animados espectáculos, cuya índole no puede formar mayor contraste que el que forma con el que poco antes se ha ofrecido á los ojos del excursionista.

La Giralda, la Torre del Oro, el paseo de las Delicias, el Alcázar, los palacios de San Telmo y del Ayuntamiento, y otros muchos notables edificios y lugares públicos re-

crean la vista, reclaman para sí la atención de la mente y, al variar el rumbo de los pensamientos del observador en cuestión, sosiéganle el ánimo, en el que halla cabida una sensación grata y risueña que pone término á la anterior melancolía. Y es que nunca se aprecian tanto los encantos y atractivos de la existencia, como cuando acabamos de presenciar al espectáculo de la muerte.

EDUARDO BLASCO



PALACIO DEL AYUNTAMIENTO.



LA TORRE DEL ORO.



ENTRADA DEL ALCÁZAR.



LA PLAZA NUEVA.

Fotografías de Hauser y Menet.



EL

INFIERNO EN EL HOMBRE

ACABADA la evaporación y consumida por ella la masa líquida en las calderas de Pedro Botero, el Rey de las tinieblas, el émulo del Rey de la luz, vió que su obra era buena y descansó también como Dios al terminar la suya. Había creado el mal para lanzarlo á combatir en el mismo campo donde se le negaba la entrada: en el corazón de la humanidad. Ya no le interesaba al demonio romper su reclusión: la había roto su espíritu.

Los hombres vendrían derechamente y por su propio pie al infierno, sin necesidad de buscarlos por esos mundos. Desde entonces los diablos, antes flacuchos y chupados, como agentes de muchos negocios, se pusieron gordos y mofletudos, como canónigos bien servidos y descansados. Su oficio era, efectivamente, una canongía *sine cura*, porque no tenía que curar de las almas para perderlas: se perdían solas.

En cambio, aquella humanidad, sanota y robusta en en los primeros años de la creación, se puso pálida y nerviosa, como quien lleva en incubación mortal dolencia.

Los miasmas se extendieron sobre la haz de la tierra: quedaron suspensos en el aire y con el aire penetraron en todo lugar, constituyendo una atmósfera inevitable en que los hombres aspiraban átomos de diablo, como en los cementerios se aspiran átomos de muerto. Y se desarrolló la nunca extinguida epidemia de paludismo moral.

Las pasiones y maldades del infierno, esparcidas en moléculas vivas, vinieron á alojarse en los órganos,

sentidos y potencias del hombre, envenenando y pudriendo su naturaleza primitiva.

Los demonios de la ambición se introdujeron en el cerebro de los fuertes é inventaron las inicuas guerras, que son el asesinato colectivo, y las rapaces conquistas, que son el robo en gran cuadrilla.

Los demonios de la soberbia se irguieron en la frente humana y crearon la vanidad, la clasificación de señores y siervos, las desigualdades sociales, fecundísima simiente de pecadores que atropellan lo más honesto por subir y olvidan lo más santo por no descender.

Los demonios de la codicia se aposentaron en el vientre y, para llenarlo á toda costa, engendraron el latrocinio, el agio y el juego.

Los demonios de la ira circularon por los brazos y los movieron á la ofensa y los armaron contra el prójimo.

Los demonios de la envidia amarillearon en los ojos y los entristecieron con el bien de los demás y los alegraron con el infortunio ajeno, que es la gloria opaca de los que no tienen alas para elevarse á la gloria luminosa. Y nacieron los pérfidos y los traidores.

Los demonios del amor lascivo inflamaron los pechos, abrasándolos en deseos injustos, en pasiones frenéticas y adulterios infames. Y el crimen se

vistió de amor, y el engaño se disfrazó de ángel.

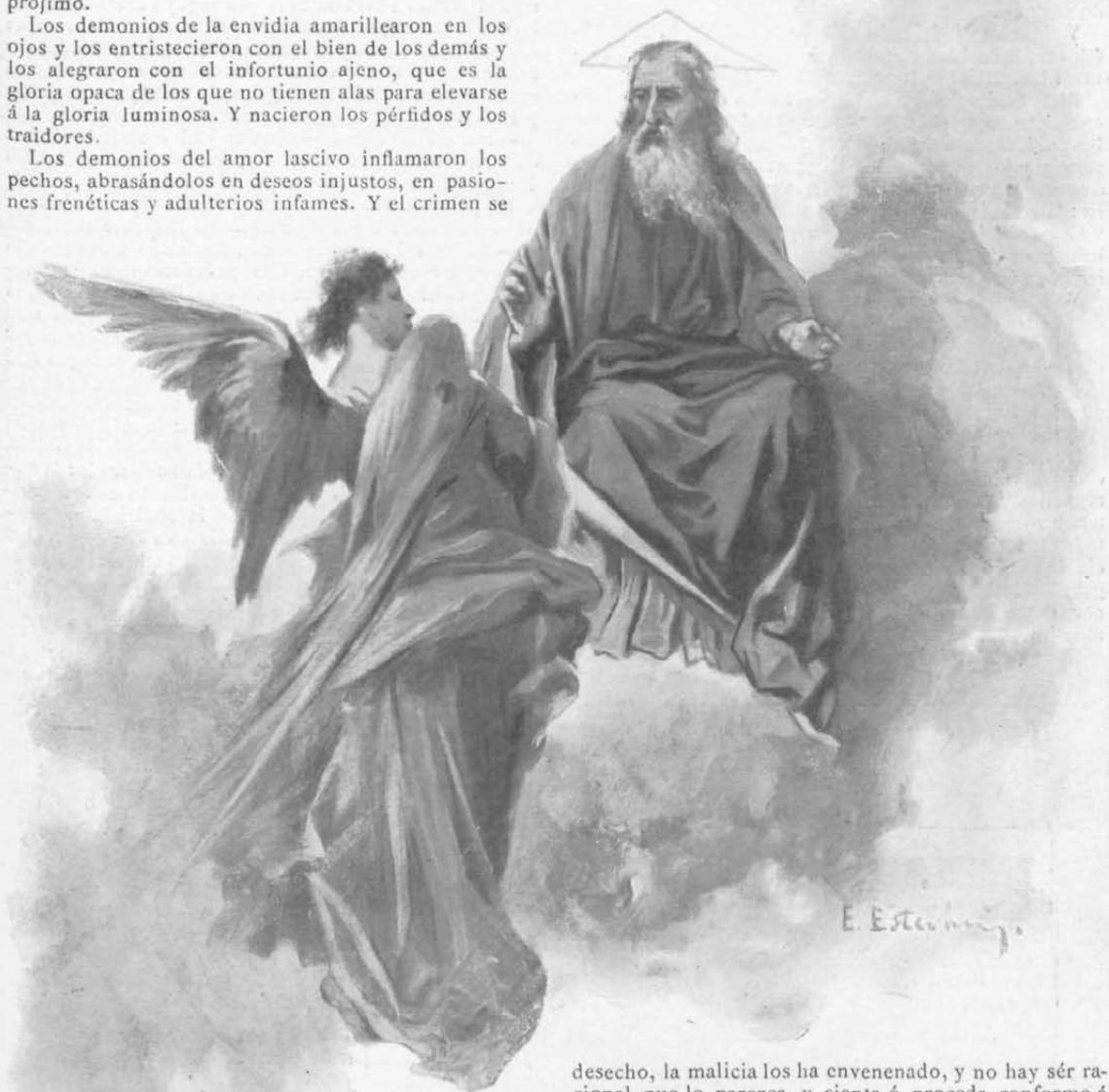
Los demonios de la blasfemia inficionaron las lenguas, vomitando sobre el mundo la raza de los maldicientes y los calumniadores.

Desde aquella invasión, no hay salud moral en la tierra.

El infierno se trasladó á ella, y los espíritus malos moran en el espíritu de la humanidad.

¿Dónde están los primeros apacibles días del linaje humano, atento sólo á los preceptos de la madre naturaleza?

¿Qué fué de aque-



E. Estévez

lla edad de oro en que las criaturas se querían mutuamente y trabajaban juntas para sacar de la tierra el preciso sustento sin envidias, rencores ni usurpaciones, como lo sacan los hermanos del pecho materno?

Las pasiones los han dividido, los vicios los han

desecho, la malicia los ha envenenado, y no hay sér racional que lo parezca, y sienta ó proceda conforme á la razón.

Desde la primera infancia, cuando la propia debilidad debía inclinar á la docilidad, el niño se inclina á la rebelión. Quiere hacer su gusto, odia á quien lo contraría y desobedece á quien puede mandarle. El niño es un ángel, y por atracción de simpatía se van derechos á él para contaminarlo los miasmas de aquellos otros ángeles que fueron condenados por rebeldes.

La mujer, encendida en fuego de amor ilícito, quema en él cuanto se le opone; cariños paternos, juramentos

sagrados, honor propio y dignidad conyugal. Engaña á la madre, burla al marido, olvida al hijo y sufre con cínica impasibilidad los desprecios sociales. En ella arden los átomos de aquellos demonios que hacen de la maldad su mejor gloria y deleite.

¡Las pasiones, las malas pasiones gobernando el mundo, dirigiendo al hombre, revolviendo todo, desde arriba abajo, en lo pequeño y en lo grande, en los altos y los bajos, en los miserables y los poderosos, en los necios y los inteligentes, en el hogar, en la aldea, en las ciudades, en las naciones, en la choza, en el palacio y hasta en la iglesia!

El infierno por todas partes, representado por sus ministros y enviados, las malas pasiones.

Ellas corrompieron á Babilonia y la Pentápolis. Ellas enviliaron á Grecia, á Egipto y á Roma, y las perdieron y arrasaron, como plaza caída sobre el mundo antiguo.

Y siguen maleficiando al mundo moderno. Mefistófeles no hace falta para seducir mujeres y ganar hombres. Las pasiones los ganan sin pacto diabólico.

Ellas encienden las concupiscencias del hombre y lo enemistan con el amigo; la ingratitud de los hijos y los sublevan contra los padres; la ambición de los monarcas y los precipitan á la guerra; la lujuria de los amantes y los llevan al adulterio y á los amores carnales; la codicia de los holgazanes y los arrojan al robo y la estafa; la soberbia de los poderosos y los hacen injustos y desafortados; la ruindad de los débiles y los inducen á la mentira y al dolo.

Y de esta suerte, unos y otros pecan contra los mandamientos de la ley divina y de la ley natural.

Y todos, vencidos por la carga de sus pasiones y vicios, van hundiéndose de patitas en el infierno, como ahogado que se hundió en los abismos del mar con la pesadumbre de las piedras que le atan al cuello.

Que es lo que se proponían los químicos del Averno.

La maravillosa invención del sabio ministro de ciencias fué celebrada con grandes fiestas oficiales y largos regocijos públicos. Durante muchos días, los espacios tenebrosos resonaron con carcajadas y estrépitos de todos los diablos. Burlábanse cruelmente de la inocencia de aquellos ángeles que con honrado celo seguían guardando las puertas infernales, mientras, evaporado por entre ellas, el demonio andaba suelto por el mundo.

El orgullo satánico ni sabe acompañar de la modes-

tia sus triunfos, ni los goza enteros sino refregándose por el rostro al enemigo.

Satanás quiso lucirse con la publicidad de su obra y la puso en conocimiento de los guardianes. Los cuales, muy asustados y compungidos, dieron á su Señor cuenta del caso.

Dios, más afligido por el temor y la vergüenza de los ángeles que por la malicia de los demonios, dijo serenamente:

—No os apuréis, hijos míos. Lo sabía y lo he consentido. Si no se mueve una hoja del árbol sin mi licencia ¿cómo había de moverse todo ese artificio en el infierno y todo ese hervidero de males en la tierra?

—Señor,—observó tímidamente un arcángel—¿no sería bueno recluir nuevamente á los evadidos, reparar á los demonios escapados?

—Para hacerlo radicalmente, sería preciso encerrar en el infierno á los hombres, porque, ya contaminados, todos tienen algún demonio en el cuerpo. Habría que despoblar la tierra y crear otra humanidad. Nadie me hable de eso. Quise ensayar en ella un sér raro y una especie nueva: la de los ángeles sin alas; y me salieron patudos.

—Pero á lo menos—continuó el arcángel—habrá que abrir otra vez el infierno para confinar en él á los hombres; porque, envaletonados con la impunidad, están pecando á más y mejor. ¿En qué culpas no caerán, si ven abolida la pena y cerrado el lugar de suplicio?

—He proveído á ese peligro, poniendo en el pecado la pena correspondiente. Esos pecadores son condenados en vida. ¿Para qué se los ha de llevar el diablo, si el diablo vive en ellos, torturándolos, ni para qué echarlos al infierno, si el infierno se sube al mundo? El suplicio existe, como siempre. ¿Qué importa que esté abajo ó que esté arriba?

La suma sabiduría no engañó á sus ángeles.

El mismo vicio que seduce castiga: la misma pasión que arrebatata atormenta.

Cada cual padece aquí la pena de su pecado: la soberbia con sus humillaciones: la ambición con sus desengaños: la lujuria con sus celos: la codicia con la inseguridad de la fortuna: la envidia con la prosperidad ajena. Las pasiones son como sierpes enroscadas en el corazón humano: ellas mismas se muerden su cola, produciéndose el dolor proporcionado á su fuerza.

EUGENIO SELLÉS

Ilustraciones de E. ESTEBAN.

NOCTURNO

Seguido de la enjambre irrisoria y vana
de los recuerdos que un tiempo amé,
junto á las rejas
de tu ventana
triste
pasé.

Triste, porque en el fondo de mi existencia
restaba apenas, de tanta fe,
pobre, enfermiza,
reminiscencia
de un bien que fué.

DIBUJO, de G. CAMPS.

Como á través del aura de un dulce sueño,
ví en tus primores cuanto soñé:
la real imagen
del solo ensueño
que amar
podré.

Desde entonces cesaron mis ansias viejas;
y los recuerdos que un tiempo amé,
por siempre, niña,
junto á tus rejas
os enterré.

ABRAHAM Z. LOPEZ-PENHA

Barranquillo (Colombia).



EN EL PUERTO.

Propiedad de don E. Güell y Bacigalupi.

CLARA y diáfana fué la noche, y habíala pasado el doctor Invéstigas en el Observatorio, haciendo estudios con el militelescopio, nuevo y poderosísimo aparato de investigación celeste, que el doctor, á costa de prolijos estudios y trabajos, había llegado á dominar.

Los astros más distantes de la tierra, en noches diáfanas, se veían tan claros, que podían apreciarse fenómenos de vida y movimiento con la misma claridad con que distinguimos en nuestro planeta los objetos muy lejanos con anteojos marinos de alguna potencia.

Invéstigas, sabio eminente, hombre de lleno consagrado á la ciencia, estaba, como vulgarmente se dice,



loco con el nuevo invento, y la noche de mi narración la pasó dirigiendo el militelescopio sobre Neptuno, uno de los planetas más lejanos de la tierra y por consiguiente el más desconocido, puesto que á él nunca pudieron llegar los deficientes aparatos anteriores al militelescopio. Neptuno, con los nuevos medios de investigación, aparecía á 30 kilómetros de la tierra. Era como tener al planeta acuático, así le llamaba Invéstigas, al alcance de la mano. Un poco de imaginación del sabio podía hacer lo demás. La noche transcurrió en trabajos para conseguir que Neptuno estuviese dentro del radio de acción del militelescopio. Cuando se consiguió, venía la aurora, y los primeros albos del día separaron á Invéstigas del ocular del poderoso aparato.

Breve aplazamiento, pero el triunfo para el doctor era indudable, único, resplandeciente. ¡Las ansias de toda su vida conseguidas, los trabajos de muchos años, coronados por el dios Exito, las punzantes acometidas de sus adversarios científicos rechazadas, vencidas, pulverizadas por el hecho elocuente, innegable, tangible! Y allí, al pie de su aparato, combatido por tantas y tan diversas sensaciones y sentimientos, se durmió Invéstigas.

Estaba en pleno Neptuno y en tierra de Atomus. Se enteró porque al andar, sus pies apisonaban diversas materias, no advertidas en un principio por el distraimiento del sabio, y porque del suelo llegó á sus oídos un balido tenue, que era gritos, quejas lastimeras, el clamoreo de una multitud. De una multitud inmensa de seres, de una humanidad microscópica, de un tamaño no mayor que el de nuestras hormigas.

Invéstigas creyó que soñaba y que en él repetíanse las maravillosas aventuras de Gulliver; había caído en Neptuno, entre sus habitantes se encontraba y sus plantas posábanse sobre la populosa ciudad de Atomus. Pero no en sus anchurosas calles, que penosamente, en su latitud, podrían dar cabida á un dedo del doctor, sino sobre sus casas que, bajo la pesadumbre de los pies del sabio, que ciertamente no eran de andaluzas, se habían derrumbado con fenomenal estrépito que á Invéstigas le pareció quebrar o de nueces ó choque de cascajo en fiestas de Pascua.

Se inclinó y sobre aquellas ruinas, hijas de su inadvertencia, puso una de sus manos. Huyó la multitud en hondas concéntricas, como huyen las aguas en el estanque del punto donde cae una piedra, y el silencio se hizo; silencio de muerte para los habitantes de Atomus. El doctor, para no reñir con su nombre, se puso á investigar.

Había qué.

Las casas, los palacios, los edificios todos de Atomus, ciudad populosisima, cabían holgadamente, con plazas, calles y paseos, en la plaza de Cataluña, y sobraba sitio. En el centro de la ciudad se alzaba un monumento de metal refulgente y diáfano, con las irisaciones del diamante y del tamaño de un casco de nuestra caballería. Era el templo de Atomisticus, el dios de los habitantes de la ciudad neptuniana. Era éstos bellos por sus proporciones, y remedo tan fiel de los hijos de la tierra, que parecían reducciones infinitesimales de los que aquí vivimos; los seres inferiores de aquella creación hipolípitiense guardaban relación perfecta y armónica con los hombreritos que admirado contemplaba el doctor. Los caballos, que arrastraban por las calles vehículos no mayores que una cáscara de nuez, eran poco más aventajados que nuestros mosquitos, y los perros y otros animales domésticos, tomarían por el Mahamulth gigante al pulgón que ataca nuestros cereales.

Los demás representantes de la fauna atomística, eran inapreciables para Invéstigas que aún tenía por invención futura el milimicroscopio. La flora guardaba proporción con la fauna, y el sabio pudo observar que el césped de los jardines públicos podía confundirse con el verdín que creían en sus paredes de piedra nuestras viejas catedrales, y las plantas y arbustos eran no más crecidos que el césped, y los árboles más corpudos y gigantescos, como una mata ó ramillete de cualquiera de nuestros arbustos.

Los ojos de Invéstigas, cubiertos con gafas de gruesos cristales, que trataban de combatir la aguda presbicia del sabio, no se cansaban de mirar aquella colección de maravillas. No había cambiado de postura; esperaba que alguno de aquellos seres, ahuyentados con su presencia, se determinarían á parlamentar.

Y hubo por fin parlamentario.

Uno de los habitantes de Atomus determinóse á avanzar, con las debidas precauciones, hacia el doctor.

Este no respiraba. El de Atomus llegó, reconoció la mano del sabio, que debió parecerle falda de fragosa cordillera, y, convencido de su inmovilidad, comenzó á trepar. El doctor aguardaba palpitante de emoción.

Cuando el hombre microscópico estuvo sobre la

lengua extraña y desconocida, porque, detallando el doctor todos los sonidos, no podía entender jota.

Fijóse más y una sonrisa plegó sus labios é iluminó su frente que el estudio había surcado de arrugas. ¡De algo habían de servirle á Investigas sus trabajos filológicos! Sin ser idéntico, lo que hablaba el hombrecillo y el doctor oía, por mediación del micrófono, tenía cierta semejanza con partículas, raíces y añjos del sanscrito, caldeo, asirio y otras lenguas orientales. El doctor, como orientalista, triunfaba una vez más.

Ya entendía al de Atomus.

Este decía:

«No hay cuidado. He pasado un buen susto, como todos los de Atomus, pero el peligro ha desaparecido.

Sin duda esta enorme masa pétrea debe haberse deprendido de alguno de los astros muertos que al rededor de Neptuño giran. El movimiento de atracción que anunciaron los astrónomos del gran observatorio de Atomisticus se ha realizado. Doloroso ha sido para Atomus el acierto, porque media ciudad ha desaparecido en ruinas, al peso de esta masa informe que tengo bajo mis pies y que, impedida por un movimiento de rotación imponderable, todavía se movía violentamente cuando por ella trepaba yo, llevado por mi valor temerario y por el aguijón de la celebridad.

Sí,—continuó el de Atomus monologuando, mientras el doctor se escuchaba atónito—*Atomus Dier* será el primer periódico que hablará del extraordinario fenómeno, y yo, Alekxas, el primer periodista que habrás aventurado sobre esta masa desconocida, aún humeante. (Efectivamente, Investigas, que no podía más, lanzaba su respiración calenturienta sobre el micrófono y sobre Alekxas).

¡La ciencia de los sabios de Atomus ha triunfado, mi periódico ha triunfado, Alekxas ha

triunfado!

¡Viva Alekxas!»

El doctor no pudo más. Dió un fuerte suspiro, diciendo: ¡Investigue usted para esto! y salieron rodando el micrófono y el intrépido Alekxas.

Todavía el doctor, iracundo, les hizo una caricia con el pie. Y se despertó. Era de día.

El vigoroso puntapié del sabio había hecho blanco el ocular del militelescopio, que cayó en mil pedazos. Investigas, vuelto en sí, se lanzó al aparato y, al comprender la inmensidad de la catástrofe, se abrazó á él, llorando.

EMILIO DUGÍ



Ilustraciones de F. S. COVISA.



mano del doctor, Investigas no pudo contenerse más tiempo y se incorporó dándole estancia en la palma de su diestra. El movimiento inesperado del sabio debió producir en el habitante de Atomus imponderable sensación de terror.

Levantó el doctor su mano á la altura de los ojos y reconoció á su sabor al atrevido excursionista. Eran admirables las proporciones de su cuerpo, en absoluto semejante á los de la raza humana.

De extraordinario, tenía unos apéndices nacidos en los homóplatos, en forma de alas y de una substancia semejante á las de las mariposas. Los habitantes de Atomus poseían la facultad de la aviación.

El vestido consistía en una serie de escamas de una materia ductil, que cubría todos los miembros del hombrecillo, excepto la cabeza y las manecillas. Con el calor se dilataban y abrían las escamas, dando paso al aire; el frío, contrayéndolas y cerrándolas, aislaba el cuerpo del medio exterior; todos los abrigos que el doctor conocía no podían competir con los vestidos de los habitantes de Neptuno.

El doctor habló, preguntó al de Atomus, quiso saber que era aquéllo, en dónde estaba, pero el silencio fué la única contestación que obtuvo.

Fijóse en el hombrecillo de las alas y notó que sus ojillos, como la punta de un alfiler, negros, se movían con vertiginosa rapidez. Fijóse más y advirtió que era notoria la movilidad de los labios, que semejaban hojas de seda; pero el silencio, absoluto.

El de Atomus no hablaba, ó por lo menos, si lo hacía, el deficiente oído humano no podía apreciar aquellos sonidos. Investigas lo comprendió y sacó de su bolsillo un potente y perfeccionado micrófono. Sobre él colocó al habitante de Neptuno y comenzó á percibir sonidos débiles semejantes al paso de una mosca sobre el parche de un tambor.

A SU MAJESTAD EL GORDO

En la lista te vi y, en un segundo,
sintiendo las más tristes emociones,
murieron mis alegres ilusiones;
y hoy que, al verte, me aturdo y me confundo,
exclamo, como aquel sabio profundo
que asombró con su ciencia á las naciones:
—Dame punto de apoyo y tus millones

y soy capaz de remover el mundo.
Yo soñé con las dichas y venturas
con que sueñan tus locos pretendientes,
—pues tienes muchos más que te figuras—
y si por gordo admiras á las gentes,
pido á Dios que te aumente esas gorduras...
¡a ver si así consigo que revientes!

José RODAO



DIBUJO, de JOAQUÍN RIBERA.

PASATIEMPOS

CHARADA

Segunda primera-rica
tiene un sobrino
que es primera tres cuarta
del municipio,
y an tres cuarta á la izquierda,
según me han dicho.
Ayer perdió el pobre un todo
de metal fino.

L. M. DE VILLARBOGNE.

FRASE HECHA



JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

ODO

RAMÓN BOTELLA.

JEROGLÍFICO



METÓTESIS

1 2 3 4 5 6 7 8 9 — Verbo infinitivo.
9 8 7 6 5 4 3 2 1 — El mismo infinitivo.

ENRIQUE CAPELLA.

Las soluciones irán en el número próximo.

SOLUCIONES Á LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO ANTERIOR:

Charadas: Solideo. — Capelo.
Jeroglífico comprimido: Encontraste.
Jeroglífico numérico: Petronila.
Frase hecha: Tragar la píldora.
Jeroglífico: Aspreza.

NOTA.—No se devolverán los originales, aunque dejen de utilizarse.

CATALINA. Preciosa novelita debida á la elegante pluma del escritor costarricense, don Máximo Soto Hall. Está impresa con esmero y elegancia en la «Imprenta y librería Española» de San José de Costa Rica, á cargo de la señora viuda de Lines.

POLVO Y PAJA. Pequeño volumen de bolsillo en que don José Rodao, tan ventajosamente conocido en los círculos literarios, hace gala una vez más de la galanura y gracejo de su pluma, ofreciendo al público una colección de cuentos, epigramas, fabulitas y chistes versificados con maestría y llenos de esa sal ática que caracteriza á los buenos escritores festivos.

La obrita merece ser comprada y leída, pues, á pesar de lo humilde del texto, en que se refleja la modestia del señor Rodao, contiene grano sazonado y abundante para las personas que buscan en la lectura sano é instructivo solaz.

Acrescentan su valor un prólogo, un intermedio y un epílogo, escritos respectivamente por Sinesio Delgado,

Felipe Pérez y González y Carlos Miranda; tres firmas de indiscutible competencia.

Ha sido impresa en el corriente año y en la «Imprenta Provincial» de Segovia, donde reside el autor.

PIEDRAS FALSAS. Tomo de poesías originales de Carlos Gutiérrez, un notable poeta hondureño que describe con pluma nerviosa y llena de colorido, la honda tristeza de su alma, la rápida fuga de sus ilusiones, sus alegrías efímeras y todos los múltiples sentimientos que han quemado con su fuego las blancas esperanzas de su vida. No es una obra maestra, ni siquiera buena, en el sentido absoluto de la palabra; pero sí un libro de versos graciosamente escritos por un hombre de claro talento y corazón pasional, por un temperamento poético descuidado, pero fecundo, que, cultivándolo convenientemente, dará días de gloria á su patria.

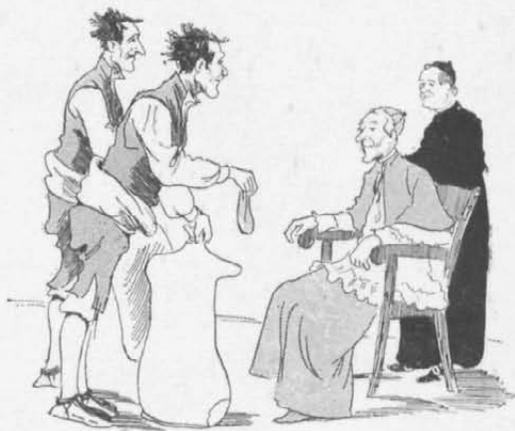
Su parte literaria honra al establecimiento «Tipografía Nacional» de Tegucigalpa (República de Honduras).

LOS ACHAQUES DEL SR. ARZOBISFO; por T. Gascón.



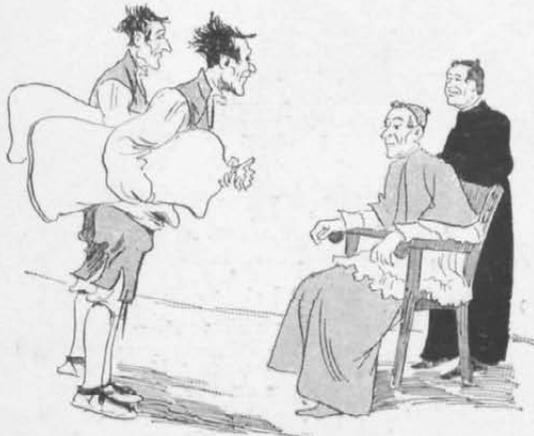
1.—Ilmo. Sr.: Ahí están unos de Moyuela que desean verle. Dicen que le traen el remedio, debe ser algún vino especial; traen muchos votos.

—Que pasen.



2.—¿Cómo está ese valor, Señor Arzobispo? Anímese, que esto le probará muy bien.

—¡Dios lo quiera, hijos! ¿Pero dónde vais con tanto pellejo?



3.—¿Qué menos ha de tomar que un par diarios? Conque... ¿quie usted que probemos?

—Sí, lo probaremos, y agradezco mucho vuestros cuidados.



4.—¿Pero qué es esto, hijos míos?

—Los aires natales que tanto le recomiendan los médicos á Su Ilustrísima.

THE QUIVER
AN ILLUSTRATED MAGAZINE



FOR SUNDAY
AND GENERAL READING

CASELL & COMPANY, LIMITED, LONDON, PARIS, NEW YORK & MELBOURNE

Cartel del periódico ilustrado: «The Quiver».

Publicado por la casa Cassell & Company Limited, — Londres.